



Magallanes

Stefan Zweig

Como si fuera una manzana, el Papa toma la esfera del mundo y la divide en dos panes con el cuchillo de la bula del 4 de mayo de 1493. La línea de este corte atraviesa a cien leguas de las islas de Cabo Verde. Lo que queda al occidente de esta línea de tierras no descubiertas pertenecerá a su querida hija España, y lo que queda al este, a su querido hijo Portugal. Ambos se declaran conformes y agradecidos por el hermoso regalo. Pero no tarda Portugal en sentir cierta inquietud, y solicita que la línea fronteriza venga un poco más hacia el Occidente. Puntualízase todo esto en el Tratado de Tordesillas —7 de junio de 1494—, que fija la línea fronteriza a doscientas treinta leguas más hacia Occidente, con lo cual los portugueses ganarán un día el Brasil, no descubierto aún en aquella fecha.

Por grotesca que a primera vista pueda parecer una generosidad que divide entre dos únicas naciones casi la totalidad del mundo, sin acordarse de las otras, hemos de admitir en esta solución pacífica uno de los escasos actos razonables de la Historia, con el cual se resuelve un conflicto no por la violencia, sino por medio de un pacífico acuerdo. Quedaba prácticamente conjurada, durante años y decenios, toda guerra colonial entre Portugal y España gracias al Tratado de Tordesillas, aunque, desde un principio, la solución sólo pudiera ser provisional. Porque cuando se corta una manzana no se sabe lo que queda en el interior de cada parte, más allá de la línea del corte. ¿Dentro de cuál de las dos mitades se encuentran las apetecidas, las tan ricas islas de las especias? ¿Al este o al oeste del corte, en el otro hemisferio? De momento no pueden adelantarlo ni el Papa ni los eruditos, porque nadie ha medido aún la redondez de la Tierra, y la Iglesia, por su parte, de ningún modo quiere reconocer públicamente la forma esférica del cosmos. De todas maneras, bastante tienen que hacer ambas naciones, antes de que llegue la decisión final, con zamparse las inmensas tajadas que la suerte les ha echado: la colosal América, a la pequeña España; y toda la India y el África, al diminuto Portugal.

La venturosa empresa de Colón levanta de pronto en Europa un verdadero pasmo. Y luego, estalla un delirio de aventuras y de ansias de descubrimiento como nunca había conocido nuestro viejo mundo. Al buen éxito de una personalidad valerosa sigue siempre una corriente de celo y de valor en toda una generación. Todo aquel que, a lo ancho de Europa, se siente descontento de la suerte o relegado y no tiene paciencia para esperar, y los segundones, los oficiales sin inmediata ocupación, los bastardos de los grandes señores y la gente de conducta turbia, perseguida por la justicia, vienen a engrosar el grupo de los que anhelan el nuevo mundo. Los príncipes, los mercaderes, los especuladores cargan con cuanto pueden en los barcos; es forzoso ejercer la autoridad haciendo cara a los aventureros y fugitivos, prontos a sacar el cuchillo para pasar delante de los demás en la tierra del oro. [...] [A]cuden a los puertos aldeas enteras, y los capitanes y los patronos de barcos mercantes no saben cómo librarse del alud. Una expedición alcanza a la otra; y es que, en realidad, como si de pronto se hubiera disipado una muralla de niebla, de Norte a Sur y de Oriente a Occidente surgen por todas partes islas nuevas, territorios desconocidos; unos, como petrificados en el pasmo de los hielos, decorados otros de palmeras; en el espacio de dos, de tres decenios, el par de centenares de barcos pequeños que zarpan de Cádiz, Palos o Lisboa, descubren más mundo desconocido que antes la Humanidad entera en el transcurso de miles de años de existencia. Los anales de aquella jornada de descubrimientos serán de memoria perdurable. En 1498, Vasco de Gama, «al servicio de Dios y provecho de la corona portuguesa», como expresa con orgullo el rey Manuel, llega a la India, desembarcando en Calicut (Kozhikode); aquel mismo año, Cabot, en calidad de capitán al servicio de Inglaterra, otea Terra Nova y, con ella la costa norte de América, y a la vuelta de un año, simultáneamente y cada uno por su lado, Pinzón bajo pabellón español y Cabral bajo el portugués, descubren el Brasil, en tanto que Cortereal emula, a quinientos años de distancia, la empresa de los vikingos pisando la tierra de Labrador. En los primeros años del nuevo siglo dos expediciones portuguesas, una de ellas guiada por Américo Vespucio, rozan la costa sudamericana hasta cerca del Río de la Plata. Y en 1506 los portugueses descubren Madagascar; en 1507, Mauricio; en 1509 llegan a Malaca, y en 1511 la toman por asalto, que es como tener en la mano la llave del archipiélago malayo. En 1512, Ponce de León franquea Florida; en 1513, Núñez de Balboa es el primero de los europeos que contempla desde Darien el océano Pacífico. En adelante ya no hay mares desconocidos para la Humanidad. En el corto espacio de cien años la navegación se ha superado en sus actividades no ya como cien veces, sino como mil. Mientras en 1418, a las órdenes de Enrique, ya se vio con asombro la llegada a Madeira de las primeras barcas, en el año 1518 unos barcos portugueses llegan —compárense las distancias en el mapa— a Cantón y a tierra japonesa; un viaje a las Indias se considerará pronto empresa muy por debajo de la que significaba antaño el viaje hasta cabo Bojador. A este paso, la figura del

mundo se transformará y se ampliará de año en año, de un mes a otro. Los grabadores de mapas y los cosmógrafos ocupan día y noche sus mesas de trabajo en los talleres de Augsburgo y no pueden dar abasto a los numerosos encargos. Les arrebatan el grabado de las manos, todavía húmedo y sin colorear; y tampoco bastan al afán de noticias del *mundus novis* los informes de viajes y los atlas con que los impresores acuden a las ferias de libros. Pero apenas los cosmógrafos han grabado sus mapas mundiales pulcra y exactamente, ajustándose a las últimas referencias, llegan ya nuevos informes y es preciso hacer el trabajo desde el principio, pues lo que se creía isla ha resultado ser continente. Hay que trazar otros ríos, costas y montes, y así, los grabadores tienen que empezar otro mapa, rectificado y ampliado, no bien han terminado el nuevo. Nunca, ni antes ni después, la Geografía, la Cosmografía y la Cartografía han llegado a un ritmo tan acelerado, tan arrollador, como en aquellos cincuenta años progresivos, durante los cuales se fijaban la forma y la extensión de la Tierra por primera vez desde que los hombres viven, respiran y piensan, y ellos mismos aprendían a conocer el planeta en el cual, desde el principio de los tiempos, son llevados por el espacio. Y todo ello en una generación. Soportaban sus navegantes toda clase de peligros en beneficio de la posteridad, franqueaban sus conquistadores todos los caminos, y resolvían sus héroes todos o casi todos los propósitos. Un solo hecho quedaba por cumplir, el último, el de más bizarría, el más costoso: dar la vuelta a toda la Tierra en un buque, y en este único viaje medir y probar con toda evidencia la forma redonda de nuestra tierra, contra todos los cosmólogos y los teólogos del pasado. Y éstos serán la idea y el destino del portugués Fernão de Magelhaes, que conocemos por Magallanes.